

Elias Khoury

El espejo roto
(Sinalcol)



Traducción
Jaume Ferrer Carmona

En la noche de su cuarenta cumpleaños el médico libanés Karim Chammás aguarda un taxi que lo llevará al aeropuerto para volver a Montpellier, donde vive con su mujer francesa y sus hijas. Después de diez años fuera del Líbano, había regresado a Beirut aceptando la propuesta de su hermano Nasim de dirigir un hospital. Durante ese viaje vive dos historias de amor y, sobre todo, ve cómo la relación con Nasim empeora sin remedio. El país sigue sumido en una guerra cruenta y sus antiguos compañeros de izquierdas han sacrificado sus ideales y están dispuestos a negociar con los grupos islamistas. Los constantes disparos acompañan su espera. El Líbano ya no es su país, pero ¿regresará finalmente a Francia?

Cada uno por su lado, en una ocasión,
partimos, sin contar que tras la muerte
nuestra partida de antaño sería definitiva.

AL-MUTANABBI

1.

Karim Chammás se agachó y sacó el equipaje del maletero del taxi, un Mercedes negro que debía llevarlo al aeropuerto de Beirut para coger el avión de vuelta a Montpellier.

Eran casi las cinco y media de la mañana, estaba amaneciendo y el sol se teñía de polvo y tinieblas.

El día anterior había llovido. Así solía ser, que los truenos anunciaran la llegada del invierno, pero esta vez venían acompañados del estruendo de los bombardeos que sin rumbo fijo recorrían la ciudad.

Esa iba a ser la última noche de Karim Chammás en el Líbano y no había podido conciliar el sueño. Sentado en el sofá, bebió más de la cuenta, encadenó bostezos y esperó a que amaneciera escuchando el rumor cadencioso de la lluvia y el estallido de los truenos.

Acababa de cumplir cuarenta años en la más absoluta soledad. Gazale se había esfumado, Muna estaba en Canadá, labrándose un futuro, y él se había quedado solo. Bernadette lo había llamado dos días antes y le había pedido que regresara para el 4 de enero. Su esposa quería celebrar en familia el primer día de su quinta década de vida. Karim se excusó. No había encontrado plaza en ningún vuelo hasta el día 5. Bernadette murmuró algo, hizo ver que le creía y colgó el teléfono.

Estaba solo, y decidió que había llegado el momento de recomponer su vida ante un vaso de *whisky*, un plato de almendras saladas y tostadas y las tinieblas que lo envolvían. No había luz, y la vela bailaba transformando los objetos en sombras fantasmales que se proyectaban en las paredes. Sin electricidad, Karim tuvo que beberse el *whisky* sin hielo, y al poco rato el estómago le ardía.

Su vida era un espejo roto. Había mentido mucho y le habían mentado mucho, y al final había cometido el error de regresar a Beirut con la idea de construir un hospital junto a su hermano. Aquella decisión había desbaratado y desencajado toda su historia, con lo cual iba a ser muy complicado recoger los fragmentos y devolver parte de la coherencia a una vida que se había desgarrado.

Esperaba y bebía porque tenía el convencimiento de que ella llamaría. Pero el teléfono no sonaba y ella no llamaba, y cuando decía ella, ya no sabía muy bien a quién se refería. Después de lo ocurrido, ¿a quién esperaba?

¿A Gazale? ¿A Muna? ¿Para qué? ¿Para cerrar los ojos y dormirse escuchando sus amoríos con un italiano? También veía a Hind, veía sus ojos grises y su indisimulado sonrojo, su tez morena y su cara alargada y triste, y recordaba aquel amor que el miedo mató, el amor que se tuvo que hacer secreto y del que era imposible hablar.

La ciudad se precipitaba en un valle de tinieblas, sus voces lo rodeaban y delante de él se dibujaban las palabras de su hermano. Veía la ciudad, al borde del valle, y sentía que resbalaba en un abismo sin fondo. El carguero había ardidado en alta mar, le contó Nasim, y lo había perdido todo de golpe. No podría continuar con el proyecto del hospital e incluso tendría que vender la casa para saldar las deudas. Karim no necesitaba recibir la noticia de que el barco cargado de combustible había naufragado para darse cuenta de que el proyecto no saldría adelante y de que tendría que volver a Francia, fracasado y frustrado. Antes, con Gazale, ya había descubierto que en Beirut todo era frágil e inestable, y con la historia de la muerte del padre, Nasri, había acabado de comprender que el proyecto de Nasim no era más que una ilusión.

Sentado, esperaba, pero no sabía a quién, porque no hay modo de identificar las emociones cuando el amor se convierte en una simple espera del amor.

¿Por qué se había metido en aquel lío? ¿Podía considerar que había sido infiel a su esposa? Karim no había sentido nunca antes que la engañara. En Francia había entablado relaciones pasajeras con enfermeras, con pacientes francesas y marroquíes, pero nunca sintió que nada de aquello se asemejara a la traición, quizás porque nunca había amado a Bernadette y su piel blanca. O quizás, al contrario, no lo había sentido porque la amaba. No lo sabía. Solo en Beirut sintió los puñales de la traición: Gazale lo había traicionado con un joven miliciano de nombre extraño; Muna lo había traicionado con su esposo, el arquitecto que había decidido emigrar a Canadá; Hind, con sus recuerdos, lo había traicionado.

Estaba sumido en la oscuridad, absorto en la recomposición de su vida, cuando de repente sonó el teléfono. Descolgó y escuchó la voz de su esposa salida de algún lugar lejano, profundo, que lo despertaba de la espera ilusoria. Karim gritó: «¡Diga! ¡Diga! —pero la línea se cortó abruptamente.

Sintió hambre y, alumbrándose con el mechero, se dirigió a la nevera, la abrió y la cerró. Olía a manzana podrida. Todo se pudría en esta ciudad en la que, como mucho, había corriente eléctrica tres horas al día.

Durante todos esos largos años en Francia, había soñado con las manzanas del Líbano, con los olores a manzana mezclados con los del café. Ese era el aroma de su infancia.

Antes no entendía el aroma de la infancia. Para llegar a comprenderlo tuvo que irse al extranjero y recordar a su padre, Nasri, vertiendo una cucharilla de café y otra media de azúcar en la palma de su mano. Lo veía mezclar el café y el azúcar, y veía su lengua; lo veía lamer y cerrar los ojos, balancear la cabeza y degustarlo. Al acabar, Nasri iba a la nevera, sacaba dos manzanas rojas y se las daba a los niños mientras les recitaba siempre el mismo verso de Abu Nuwás:

El mosto del vino en la tinaja, al mezclarse
con el agua,
derrama el perfume que solo la manzana del
Líbano exhala.

En la palma de la mano del farmacéutico se mezclaban los aromas de las manzanas y el café mientras recitaba el verso y ordenaba a sus hijos que a las cinco de la tarde se las comieran. «Porque una manzana del Líbano es mejor que cualquier medicina». Entonces anunciaba que era hora de irse. Los niños, a las cinco de la tarde, al comer la manzana con olor a café, veían al padre relamerse.

En Montpellier, Karim sufría por la pérdida de aquel olor. Le hablaba a Bernadette de las manzanas y el café en la palma de la mano, pero no sabía expresar mucho más. ¿Cómo describir un aroma a alguien que no lo ha saboreado ni olido? Karim se daba cuenta de que era incapaz de hablar porque no sabía traducir sus recuerdos, de que no podía comunicarse porque una inquietante nostalgia devoraba sus palabras. Acabaría descubriendo que hacer el amor era traducir palabras, y que cuando se acaban las palabras, también el amor acaba; que un amante es como un traductor que traduce al lenguaje del cuerpo y al hacerlo interpreta y reconstruye el habla.

Esa sería su forma de relacionarse con Gazale. Al conocerla, sintió punzadas de seducción que se clavaban en su costado. Esas punzadas le liberaron la lengua. A Gazale le habló de todo, de su etapa de estudiante en Francia, de cómo bebía en aquella época el vino como si fuera agua, de los incontables tipos de queso.

Gazale le dijo que le encantaba la «carne blanca —y le contó que así se referían al queso en su pueblo.

—Prefiero la carne morena —le contestó Karim agarrándola del brazo. Gazale se le escabulló, Karim la persiguió y ella lo besó furtivamente en los labios antes de desaparecer en la cocina.

Karim sacó la manzana podrida de la nevera. Aquel olor nauseabundo le dio ganas de vomitar, la tiró a la basura y permaneció de pie, en medio de la cocina, sin saber qué más hacer. Las sombras temblaban siguiendo la llama de la débil luz del encendedor, que le empezó a quemar la punta de los dedos. Seguía teniendo hambre.

Regresó al salón, sorbió un poco de *whisky* y decidió no esperar más.

Gazale no lo llamaría, no después de que Karim hubiera conocido a su marido y, por culpa del miedo, toda la fascinación se hubiera desvanecido. Menos improbable era que Muna lo llamara, aunque sabía que no lo haría.

Nunca le dijo a Gazale que la amara. Cuando revoleaba en sus brazos creía que todo era sexo. Del amor que libera las palabras no se percató hasta el final, cuando el miedo se apaciguó y el engaño ya había sido descubierto.

Y estaba Muna, que de golpe, sin previo aviso, había entrado en su vida.

Conoció a Muna a la vez que a su marido, el arquitecto Áhmad Daquís, de Trípoli, en casa de su hermano Nasim. Allí vio por primera vez los planos del hospital, disfrutó con los proyectos de reconstrucción de Beirut y escuchó fabulosas historias sobre el origen franco de la familia Daquís. Tras decirle a Muna que lo había fascinado, pudo escuchar el tintineo de su risa. Muna le respondió que no quería ni oír hablar de palabras de amor, porque las palabras de amor sonaban todas igual y las aborrecía.

Karim, aunque atrapado en la pasión por Gazale, no dejó de hablar de amor con Muna. Era como si con Muna se curara de Gazale, que con su ajeteo le había curado a su vez del silencio de Hind.

Karim era incapaz de explicar cómo se estableció esa relación a tres bandas en medio del polvo de Beirut, ni cómo su corazón pudo soportar esa tormenta emocional en medio de las tormentas de la guerra civil recién retomada. Pero allí estaba, solo, sin más compañía que un vaso de

whisky, esperando una llamada telefónica que no se produciría.

¿Por qué había regresado a Beirut?

Podría haber dicho que se contagió de la fiebre del retorno cuando Nasim lo llamó y le habló del proyecto del hospital. Pero ¿cómo pudo recomponerse de golpe lo que, en su espíritu, se había roto hacía diez años?

Bernadette lo escuchó perpleja.

—¿Acaso crees que cogeré a las niñas y nos iremos a vivir todos juntos a ese infierno? ¡Estás loco! ¿Qué quieres? ¿Abandonarnos para casarte con una libanesa a la que tratar como a una criada y a la que dejar embarazada de un niño? *C'est fini!* ¡No más hijos! Me cuelgan las carnes, tengo la barriga arrugada, pero tú, como todos los hombres orientales, te mueres de envidia porque tu hermano ha tenido tres varones. Claro, tú no quieres ser menos, tú también quieres tener tu principito.

Bernadette se equivocaba. Karim no había regresado al Líbano con un propósito determinado. Había vuelto porque esa enfermedad, esa nostalgia de Beirut, no le dejaba pensar y tomar la decisión sensata que su esposa esperaba.

—¿Qué es una decisión sensata? —le preguntó Karim a Bernadette—. No hay nada sensato cuando de lo que se trata es del espíritu de una persona —y su espíritu le dolía terriblemente, le dijo, tanto que no había sentido ningún otro dolor así.

Bernadette le contestó que ya no lo entendía y se echó a llorar.

Karim no soportaba las lágrimas, y su esposa lo sabía porque él mismo se lo había dicho. Las lágrimas de Bernadette le recordaban las de su madre, muerta cuando él tenía cinco años. Le había contado que solo recordaba de ella los ojos llorando, las lágrimas cubriéndole la cara blanca y pequeña. A él y a su hermano los habían llevado a dormir a casa de unos vecinos, y cuando le dijeron que su madre había muerto, soñó con las lágrimas, vio a su madre llo-

rar y la vio ahogarse en el llanto. Las lágrimas eran agua y el agua crecía y crecía y se tragaba la cama, la habitación, todo.

Esa misma pesadilla se repitió en Francia, cuando acompañó a Bernadette a visitar a la familia en Lyon. En esa ciudad se sintió solo y extraño. Le dijo a su esposa que su familia le estaba tratando como si fuera un leproso y que eran unos racistas. Ella rio. Según Bernadette, su familia había sido siempre así, y lo que él tomaba por racismo no era más que la distancia que sus padres imponían incluso con sus hijos. Karim tenía que desprenderse de una vez por todas de su fértil imaginación oriental si deseaba de verdad integrarse plenamente en su nuevo país y en su nueva vida.

Aquella noche en Lyon, la pesadilla de las lágrimas se repitió y sintió una soledad mortal. Se arrimó a su esposa, dormida a su lado. Quiso abrazarla, pero ella, con un gesto inconsciente, se apartó. Karim se levantó de la cama y trató de encontrar la cocina para beber un sorbo de agua, pero no supo orientarse en la oscuridad. Cerró los ojos para conciliar el sueño y vio los ojos asombrados de su madre, anegados en lágrimas. A la mañana siguiente le dijo a Bernadette que quería volver a casa, a Montpellier.

Regresó a Beirut llevando consigo el sueño de los ojos llorando. No sabía por qué su madre había despertado de repente en su interior. ¿Qué sentido tiene que los muertos despierten en los vivos? ¿Qué sentido tiene que carguemos con los muertos en nuestros corazones y que formen parte de nuestra vida?

A su esposa no le había contado la historia del sueño. No sabía qué le había pasado después de la boda. Al principio, en los primeros momentos del amor, su lengua se soltaba por cualquier cosa. Cuando accedía a una petición de su esposa, en vez de decir «con mucho gusto —o cualquier otra cosa, usaba la traducción al francés de la expresión árabe *'ala rasi*, «sobre mi cabeza —usual en esas ocasiones. *Sur ma tête*, le decía complacido para disfrutar del

tintineo de la risa que a Bernadette se le escapaba de entre los labios. Y luego, de repente, solo el silencio se hizo posible.

No, el silencio no fue repentino, reptó y fue ocupando lentamente el espacio de su relación con esa mujer blanca de la que se había enamorado apasionadamente cuando sus miradas se cruzaron en el bar Tex-Mex. Poco a poco, comenzó a sentir que las palabras lo traicionaban y que al hablar en francés no hallaba reposo.

Las palabras, como le decía su padre, debían procurar reposo al hombre. Nasri se sentaba a la mesa con sus dos hijos para cenar y les exigía hablar. «¡Distraedme! —les ordenaba, y los dos hermanos tenían que contarle lo que habían hecho en la escuela ese día. El padre, entonces, se relajaba ante la mesa dispuesta para la conversación.

Karim no era capaz de decirle a Bernadette: «¡Distráeme!». Le era imposible construir expresiones correctas y que no lastimaran los oídos de aquella mujer que no toleraba palabrotas ni en árabe ni en francés. Karim había comenzado a resbalar en los silencios, y con ellos llegó la duermevela del traidor.

No había previsto que Bernadette pudiera serle infiel. ¿De dónde había sacado aquella certeza que, por un momento, pareció desvanecerse? Karim no lo sabía y, de todos modos, le daba igual.

Cuando no se sienten celos significa que el amor ha muerto, y Karim no los sintió cuando Bernadette le confesó que había salido con un médico suizo de visita en Montpellier. Él se limitó a sonreír y ella casi se volvió loca. Bernadette acabó reconociendo que se había inventado aquella aventura porque sabía que él sí le era infiel y quería provocarle celos, pero él ya no la quería. Bernadette lloró.

Al final, Karim quedó convencido de que efectivamente había sido una provocación y Bernadette no lo había engañado. Pero aquellas lágrimas no, no las podía soportar. Se sentó a su lado y le dijo que la quería, y a punto estuvo de

contarle sus sueños de los ojos llorosos, pero no lo hizo. Indolente, solo era capaz de atender a las voces del silencio.

Con Gazale sí pudo hablar, y también con Muna, mientras ella le contaba la extraña historia del amante italiano. Las palabras borboteaban en Beirut, sin que él supiera cómo. Parecía como si el pozo del silencio se hubiera desbordado.

Desde su llegada a la ciudad había podido volver a ver. Le dijo a Muna que aquí veía las cosas, mientras que el mundo, allí, estaba cubierto de bruma. Se lo dijo a Muna, aunque toda la magia de Beirut residía en la suavidad de la piel de Gazale. ¿Quién hubiera dicho que la piel de una criada de una remota aldea, una mujer que vivía en el campamento de Mar Elías rodeada de pobreza, mendicidad y locura, revelaría esa asombrosa suavidad?

Karim no había visto nada comparable en ninguna otra piel de mujer, y había tratado a muchas en su consulta. Acabó resolviendo aquel misterio. Era amor. Karim habló a Gazale del amor que embellece el cuerpo y purifica la piel y hace tocar el cielo. Ella se rio. Más adelante, cuando Karim descubrió el engaño, no sintió que se le clavara ninguna espina en la garganta, como la que sienten los hombres engañados. Más bien tuvo la sensación de que la losa del temor dejaba de oprimirle el pecho. El miedo lo había envejecido, y cuando el miedo se disipó y se acabó aquella aventura que tanto temor le había infundido, Karim quedó al borde de las lágrimas.

Karim, sin saber por qué, al regresar al Líbano comenzó a pensar en el pasado del verbo «ser». Ocupó su plaza en el avión Boeing 707, despegó del aeropuerto de Orly, en París, con destino a Beirut y, entonces, empezó a imaginar la ciudad y la pensó en pasado, un pasado irrecuperable pero al que igualmente regresaba.

No había desvelado a Bernadette que regresaba a Beirut. Cuando hubo tomado la determinación le dijo a su esposa que iba a Beirut para construir un hospital. Karim sa-

bía de todos modos que regresaba a un lugar que ya no existía.

En el avión, cerró los ojos y pensó: «Regreso a la ciudad que *fue* Beirut». Cuando los abrió, vio a su esposa, de pie, zarandeándolo como si lo despertara de un sueño. Aquella azafata se parecía a Bernadette. Tenía la misma blancura deslumbrante y los ojos igual de pequeños. La azafata le informó de que el avión iba a aterrizar y que debía sentarse bien y abrocharse el cinturón de seguridad.

Cuando llegó al aeropuerto, abrazó a su hermano. Olía a tomillo. Se estremeció. Allí estaba Nasim, y al tenerlo enfrente recuperaba la imagen en el espejo que tanto lo había perseguido. Era su hermano gemelo, y en él veía su propia imagen, un reflejo que de ningún modo deseaba. Y aquello era extraño porque Nasim, fuera como fuera, nunca había olido a tomillo.

En Francia, a la mañana siguiente de su primer encuentro, Bernadette le dijo que olía a tomillo.

—Hace mucho tiempo que no lo como —le dijo Karim.

Ella rio.

—Eres libanés, me dijiste. Así huelen los libaneses.

Karim le dijo que el Líbano olía a manzanas.

—¿De qué manzanas hablas? —dijo ella—. Hueles a tomillo, *thym*, ¿conoces la palabra? Me gusta el tomillo.

En el aeropuerto de Beirut, Karim y Nasim eran dos hombres a punto de cumplir cuarenta años que olían a tomillo. No lloraron. Buscaron palabras pero solo usaron expresiones intrascendentes, las que se dicen para rellenar silencios. Subieron a un Volvo negro y Nasim arrancó el motor.

—Te amaba en verano, te amaba en invierno —cantaba Fairuz. Nasim giró la cabeza para observar a su recobrado hermano. Le dijo que había comprado la cinta para él.

—¿Aún te gusta cómo canta Fairuz? —le preguntó. No esperó a que Karim respondiera. A él le había dejado de gustar—. Es como el Líbano. ¡Todos aman el Líbano! Pero

cuando todo el mundo dice que te quiere es que nadie te quiere. Así es este país. Todos lo queremos, o sea que nadie lo quiere. Lo mismo ocurre con la guerra, a nadie le gusta, pero todos luchamos. O como tu padre, que en gloria esté....

—Cuidado con lo que vas a decir de papá, dijo Karim.

—Tú qué vas a saber....

—¿Y qué es lo que debería saber? Explícate.

—Ya te enterarás.

Una extraña manera de dar la bienvenida, pensó Karim. ¿Nasim lo había hecho ir al Líbano para humillarlo y saldar viejas cuentas? Creía que habían quedado en paz cuando Nasim se casó con Hind. Aquel día le había querido decir por teléfono que por fin había ganado, pero se le atragantaron las palabras en la garganta.

Karim no quería retomar la vieja lista de agravios. Entonces ¿por qué había regresado al Líbano? ¿Cómo reaccionaría Hind?

—Al final, el perro lo consiguió y nos ha comprado a todos —le había dicho a Hind.

—Te ha podido comprar porque te has vendido —le respondió ella.

El asfalto ardía bajo el sol de julio. Karim estaba asfixiado pero no preguntó a su hermano adónde se dirigían. Daba por sentado que irían a la casa del padre. No fue así. Pasaron por delante de la farmacia, situada en los bajos de la casa, y continuaron la marcha.

—Hind nos está esperando. Ha preparado unas copas de *araq* y unos aperitivos.

—Estoy agotado. Llévame ahora a casa. Ya lo celebraremos mañana.

—Tu suegra ha preparado *kebbe* crudo especialmente para ti y te está esperando en nuestra casa.

—¡Mi suegra!

—Fue tu suegra y ahora es la mía, ¿qué problema hay?.

La conversación había empezado con mal pie. Karim no había vuelto para abrir heridas ya cicatrizadas ni para ver cómo su hermano se regodeaba en la venganza. De hecho, no atinaba a comprender por qué estaba en Beirut. Buscaba empezar una nueva página de su vida, o eso es lo que quería creer, e incluso había comprado una nueva cámara, y mientras fotografiaba a las niñas para probarla le comentó a Bernadette que iba a comerse Beirut con los ojos, la fotografiaría entera, se disculparía con la ciudad y la amaría de nuevo. Karim pudo, en ese instante, leer en los ojos de Bernadette las palabras que ella le dijera tiempo atrás, al principio de conocerse: «Eres un romántico y un sentimental.

Ahora el significado de esas palabras era distinto. En el pasado ya lejano, en esos instantes que parecían pertenecer a otro tiempo, cuando Bernadette le decía que era un romántico lo decía con ojos sonrientes y deseosos. En ese presente, la palabra sonaba seca y amarga.

En casa de Nasim bebieron *araq* y comieron *kebbe* crudo en un silencio roto solo por los niños que alborotaban con sus juegos.

Hind no abrió la boca. Salma, su madre, de riguroso luto, parecía otra mujer. Cuando Karim entró en la casa Salma lo abrazó. Iba cubierta de negro de pies a cabeza. Unas medias gruesas y oscuras le ocultaban las rodillas y los muslos. Parecía una viuda.

El marido de Salma había muerto a temprana edad de un derrame cerebral, y desde entonces no se había quitado el luto. Ella se había quedado viuda con una sola hija y una pequeña herencia, el dinero que el difunto había ahorrado trabajando en el proyecto de arbolado de Abu Dabi. Aun así, la joven viuda consiguió transformar sus vestidos negros en estandarte de la blancura resplandeciente de sus muslos y sus brazos. Transcurrido un año de la muerte del marido, se quitó las medias negras pero no los vestidos. Cuando Karim coincidió con ella por primera vez en la farmacia del padre, quedó maravillado con su belleza, pero